



JUANA LA VALEROSA

Hechos memorables y atrocidades que cometió esta joven
por vengar su amor mal correspondido

En una ciudad de España
que en hechos notables brilla,
entre las que hay situadas
en el centro de Castilla,

Nació de padres honrados
una niña muy galana,

que en la pila del bautismo
le dieron por nombre Juana.

Esta niña fué creciendo
en robustez y belleza
y en ánimo varonil
que le dió naturaleza.

Desde su primera edad
tuvo afición á la caza
siguiendo á su padre en ella
muestras dando de gran traza.

Con su afición varonil
se fué haciendo tan famosa
que el renombre se le dió
de Juana la Valerosa.

Su talento natural
en todo sobresalía
y en su pueril edad
completa instrucción tenía.

De los jóvenes del pueblo
era en extremo apreciada
y en particular de uno
que Panchito se llamaba.

Hijo era de un labrador,
hidalgo, muy orgulloso,
que no quiso que de Juana
fuera su hijo el esposo.

Otra boda le tenía
preparada más famosa
con una rica heredera
que llamaban Sinforosa.

Al saberlo, dijo á él Juana:
«ten cuidado en desairarme
que si lo haces Panchito,
mira que sabré vengarme».

El joven le respondió
de su amor haciendo alarde
mas al fin llegó á ceder
al mandato de su padre.

Se puso al saberlo Juana
como leona furiosa
y juró luego vengarse
de Panchito y Sinforosa.

Las bodas se celebraron
con gran pompa y alegría,
sólo el corazón de Juana
en llamas de rabia ardía.

Entre el tumulto de gentes
aprovechando el momento
logró Juana introducirse
del novio en el aposento.

Y luego que los dos novios
en su lecho se acostaron,
en lugar de amor, la muerte
á manos de Juana hallaron.

Cosióles á puñaladas
y con la sangre que mana
hirviendo de sus heridas
escribe su triunfo ufana:

« A los filos de un puñal

» murió Pancho y Sinforosa,
» para vengar mis agravios
» yo, Juana la Valerosa».

Con la punta de un puñal
bañado en sangre, grabado
en la pared de la alcoba,
este escrito fué encontrado.

Al divulgarse en el pueblo
tan bárbaro asesinato,
Juana se había fugado
de él para mucho rato.

Tomando la carabina
del padre, y una pistola,
sin ser de nadie sentida
fugó aquella noche sola.

Tres días por despoblado
huyendo anduvo al intento;
sólo las frutas silvestres
sirviéndole de alimento.

Pero al declinar el día,
el tercero de su marcha,
vió á dos hombres la seguan
mas no por eso se espanta.

Se pone detrás de un roble
para hacer frente atrevida
y les grita: «Alto, señores,
caso que aprecien la vida».

Los hombres iban armados
y le dicen: «Mira niña,
que nosotros no venimos
á tener contigo riña.

» Venimos solo á decirte
que te has extraviado
y volverte si tú quieres
al camino que has errado.»

Pero á tan buenas razones
su inquieto temor no calma,
y repite: «¡Alto! ó el que avance
que encomiende á Dios su alma»

Avanzan sin presunción,
que fuera tan decidida,
pero ella haciendo fuego
al uno quitó la vida.

Pretendió el otro vengar
de su amigo la cruel suerte,
dispara... pero no acierta;
tira Juana y le dá muerte.

Y en la corteza del roble,
que le sirvió de muralla,
escribió con su puñal:
«El que aquí estos muertos halle
» que sepa que una mujer
» les dió muerte y no alevosa»

«más diestra en armas que ellos
«fué, Juana la Valerosa».

Al resplandor de la luna
sin que le anime el despecho,
despoja de sus vestidos
Juana á los dos que ha muerto.

Se ampara de sus bolsillos
que bien provistos tenían
y de sus mejores prendas
de la ropa que traían.

Vístese con ellos de hombre
por si fuese perseguida,
y evitar con el disfraz
ser de pronto conocida.

Creyéndose más segura
con el traje que ha tomado
y provista de dinero
resuelve el irse en poblado.

Entra en Madrid un domingo
donde presumir pudiera
que entre un inmenso gentío
menos conocida fuera.

Pero vé con gran sorpresa
que entre la gente curiosa
sólo se habla de los hechos
de Juana la Valerosa.

Un cartel en las esquinas
que sus señas describía
y al que viva la entregara
mil escudos se ofrecía.

Medita su situación
que en verdad era apurada
mas por ello no se espanta,
y no se arredra por nada.

Tan sólo en desfigurarse
muestra un poquito de anhelo
y de rubio que tenía
se tife de negro el pelo.

La desfigura en un todo
una postiza patilla,
un pequeñito bigote
y algo de barba y perilla.

Y de su transformación
hallándose satisfecha,
se viste á lo cortesano
y todo temor deshecha.

Se hospeda en una posada
despesa de estudiantes,
y de una niña que había
todos quieren ser amantes.

Pero ella al ver á Dionisio
dombre que Juana se daba,
uespreciando á los demás,

demonstró que á él sólo amaba.

Los otros enfurecidos
fuera el creebro de quicio,
los tres que eran á la vez
desafían á Dionisio.

La carabina y pistola
que es su arma favorita,
tomó Juana y se marchó
con gran frescura á la cita.

Los dos están á traición,
ocultos entre una mata
disparan, pero uno yerra
y al otro el tiro le falta.

Con la mayor rapidez
al ver ella tal vileza
les deja á pistoletazos
sin sesos en la cabeza.

El otro que allí aguardaba
del vil plan el resultado,
al ver la idea frustada
quiere escapar de contado.

Pero disparando Juana
contra de él su carabina,
lo derriba antes que pueda
resguardarse en una encina.

Les registra los bolsillos
en que halla algun escudito
y en la cartera del uno
le puso el siguiente escrito:

«Por querer matarme á mí
»á traición alevosa
»maté á estos tres cobardes
»yo, Juana la Valerosa.»

Divulgóse por Madrid
esta hazafia tan famosa,
y todo el pueblo desea
ver Juana la Valerosa.

En vano son las pesquisas
con que el gobierno se afana,
en vano se aumentan premios
nadie puede dar con Juana.

Mientras que ella por las calles
se pasea libremente
escuchando en los corrillos
lo que de ella habla la gente.

Un día oye á un charlatán
que decía á lo valiente,
que para vencer á Juana
bastaría él solamente.

Corre ella á un café,
pide papel y tintero
y de la muerte de aquel
de antemano hace el letrado.

Vuélvese luego á la plaza
el jaque aún blasonaba,
pero era de noche y llovía
y la gente se marchaba.

Sigue Juana al jaquetón,
y al entrar en calle obscura,
cogiéndole del pescuezo
del valiente se asegura.

Y le dice: «yo soy Juana,
venga usted aquí señor guapo,»
al oír esto, escapar
quisiera como un gazapo.

Pero Juana de furor
encendida, nada mengua,
y apretándole el gazonate
le saca y corta la lengua.

Cae tendido en el suelo
sin que pueda dar un grito,
y Juana le deja allí
el papel que trae escrito.

«Para escarmiento á la gente
»vil, charlatana y medrosa,
»dejé á este jaque sin lengua,
»yo, Juana la Valerosa».

Alborotóse otra vez
Madrid con tal atentado,
pero el prender á la Juana
es siempre caso negado.

Gente hay que negaría
su existencia y que pretende
que Juana la Valerosa
es algún demonio ó duende.

Pero no, era mujer
que enamorada de un hombre
la perdió sin compasión
oír jaunque el hecho asombrel

Como Juana nunca tuvo
propicio al Dios del amor,
amó otra vez á un ingrato
que cual Judas fué traidor.

Ambicioso de dinero
delató á su tierna amante,
y el premio de su perfidia
recibió en oro contante.

Presa Juana desde luego
la causa fué sustanciada
y conforme era de ver
á muerte fué condenada.

Al leerle la sentencia
se quedó tan sorprendida,
que sólo exclamó: ¡Dios mío!
quedando Juana sin vida.

Se le halló un pliego cerrado
de su propio puño escrito,
que iba dirigido al padre
del desdichado Panchito.

En él decía: «Cuando
á vos sea dirigida
esta carta habré pagado
yo ya el tributo de la vida.

Y habré á Dios cuenta dado
de lo que le haya ofendido,
y desde ahora os perdono
la parte que habeis tenido.

De vuestro hijo contrariando
los inocentes amores...
fuisteis parte en su desgracia,
fuisteis parte en mis errores.

Pero repito os perdono
porque tan sólo es mi intento,
el que sirva mi desdicha
á los padres de escarmiento.

A los padres que abusando
de su grave autoridad
pretenden dar á sus hijos
estado sin voluntad.

Y lo mismo también digo
al que esta mi historia lea,
y ruego á Dios nos dé á todos
su santa gloria.—Así sea.»

FIN